

LA EDUCACIÓN DE ALEJANDRO EN LAS VIDAS PARALELAS: LA PAIDEIA GRIEGA EN PLUTARCO

Germán Santana Henríquez
UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

La *ecumene* grecorromana que representan las *Vidas Paralelas* de Plutarco como elemento curioso para el estudio de las relaciones sociales e intelectuales de la época, donde se confrontan valores mediante la comparación de figuras extraordinarias de la historia con el propósito de explicar los mecanismos del carácter humano (*éthos*), sigue una línea de pensamiento peripatético acostumbrada a presentarnos toda una galería de retratos en acción donde los protagonistas triunfan o fracasan de acuerdo con su virtud. Pretendemos analizar en este trabajo el bosquejo que realiza Plutarco de la educación de Alejandro con la *paideia* griega de los siglos I y II, momento en el que movimientos como la Segunda Sofística o el Estoicismo dejan sentir su impronta en una sociedad que mantiene vivas las tradiciones de una Grecia políticamente muerta. En este sentido, el sistema educativo romano, heredero del modelo de enseñanza helenístico, la *paideia* griega, se difundió en amplias zonas de Occidente y contribuyó a la uniformidad de la cultura. Era el *grammaticus* el encargado de impartir la enseñanza elemental: rudimentos de lectura, escritura y cálculo y, en un nivel medio, explicaciones de gramática y lectura de los grandes clásicos, con un fuerte acento en la erudición y en el contenido literal de los textos. Sólo una elite mucho más restringida recibía una enseñanza superior confiada al *rhetor*. Se basaba en transmitir el arte de la elocuencia, la retórica, es decir, un conjunto de reglas, modelos y orientaciones que permitieran al alumno desenvolverse, sobre todo, en la práctica judicial y en la administración. La enseñanza era de carácter privado y por ello limitada a las altas capas de la sociedad. No obstante, algunos emperadores como Vespasiano o Antonino Pío mostraron interés por la educación, con la creación en Roma de 'cátedras' de retórica griega y latina por cuenta del Estado. El soporte ideal de gran parte de la cultura del Alto Imperio fue la filosofía estoica, con diferentes matices según las épocas, aunque prosiguieron sus actividades las escuelas platónica y aristotélica, en sus respectivos centros tradicionales de Atenas, la Academia y el Liceo, y se produjo un cierto renacimiento del cinismo, con su crítica de las convenciones sociales y su desprecio por la riqueza. Con los Antoninos, el estoicismo se convirtió en fuente doctrinal y soporte ideológico de la propia monarquía: Trajano siguió con interés las conversaciones de uno de sus máximos exponentes, el esclavo Epicteto, y Marco Aurelio lo adoptó como guía espiritual¹.

¹ Cf. J. M. ROLDÁN HERVÁS, *Historia de Roma*, Salamanca, 1995, especialmente las pp.377-385; L. HOMO, *El imperio romano*, Madrid, 1980⁴; Luciano. *Obras I*, texto revisado y traducido por J. ALSINA, Barcelona, 1962, pp.XXI-XXXVIII.

La sociedad del siglo II es una sociedad cansada donde se abandona la investigación científica para entregarse a lo supersticioso, irracional y absurdo, lo que se trasluce en una incapacidad creadora que lleva a los espíritus a volver simplemente la vista hacia atrás y vivir en el mundo irreal del pasado. A excepción de Plutarco, la literatura griega del periodo romano se nutre de griegos de adopción, no de origen. Dión Casio (68.4.1) señala que con la elevación de Trajano al trono imperial se inicia algo insólito en el mundo romano, a saber, la exaltación de un hombre que no procede de Italia. Y será a partir de ahora cuando las demás provincias, en especial de Oriente, darán emperadores. El monoteísmo es la tendencia más acusada de los pensadores de la época y la visión de Dios y sus misterios es ahora el verdadero fin de esa filosofía religiosa tan típica de la época, y que tiene sus representantes en Máximo de Tiro, Apuleyo, Numenio y Plutarco. La contemplación de los secretos divinos, la *gnosis* en el sentido pagano, es uno de los fenómenos más importantes de la época.

En principio, la superstición es patrimonio de una época ignorante, pero en el periodo helenístico-romano se añade el hecho de que muchas creencias de este tipo son fomentadas por la misma ciencia. Mientras Occidente se debilita paulatinamente, Oriente va alcanzando una prosperidad cada vez mayor. Los cultos orientales se infiltran en ese Occidente espiritualmente débil. Frente al intelectualismo de la religión tradicional, los cultos de Isis, de Sarapis, de Mitra o de Cibeles, proporcionan una fe personal, una esperanza en el más allá, un consuelo que difícilmente podía ofrecer la religión política oficial. Además, el hombre de la calle concede honores divinos a los grandes militares y caudillos, artífices de la prosperidad de sus respectivos pueblos. Así, el culto al emperador pasa de Oriente a Occidente, y de ahí a Roma, donde los emperadores llevan a cabo una verdadera política religiosa encaminada a unir el culto imperial a otros antiguamente existentes. Sorprende, desde el punto de vista literario, el predominio de la prosa sobre el verso, siendo el género literario más en auge la elocuencia. La Segunda Sofística elaborará un cuidadoso lenguaje tomado de los grandes escritores de la época clásica. Frente a la profundidad moral que hallamos en un Epicteto o en Marco Aurelio, los sofistas practican la máxima del "arte por el arte"; poco importa lo que se tenga que decir, lo preferente es decirlo del mejor modo posible. Interesa ganarse al público, ganarse su favor, y con ello obtener pingües beneficios. La retórica como conjunto de normas que presiden el bien escribir ha sido desde entonces y hasta mediados del siglo pasado el postulado básico de la formación humana. Toda la educación de finales de la antigüedad se ha basado en ella como medio pedagógico y formativo, cuyo núcleo principal radica en la teoría de la "mímesis" o imitación de los modelos clásicos. El sistema educativo se basa esencialmente en el libro, leído o recitado en alta voz, siendo la retórica la escala última de la formación superior, con ejercicios (*progymnasmata*) que tienden al dominio de recursos literarios de los clásicos. Se tiene los ojos vueltos al pasado, en vivir más de los libros que de la observación de la vida.

Los escritos de Plutarco están impregnados de intención pedagógica; es más, las *Vidas Paralelas* fueron redactadas con intención educativa y un fin eminentemente moralizador. De hecho, la tradición de Plutarco como educador, como inspirador de tratados de marcado carácter moral e histórico, le hizo valedor de un enorme prestigio en Bizancio, cuya plena

cristianización era ya evidente desde hacía varios siglos, convirtiéndolo en el paradigma del comportamiento moral a seguir². Y, en efecto, la estrategia educativa de Plutarco se basa en la práctica de la filosofía como antídoto contra la ignorancia (ἀμαθία). Esta *paideia* filosófica se convierte, pues, en un instrumento capaz de prevenir y erradicar de la mente las falsas opiniones, producto de la ignorancia y de la estupidez, además de consecuencia de la debilidad del ánimo. Como ha señalado F. Becchi³ la existencia de posiciones divergentes y aparentemente contradictorias, como las relativas a las nociones de pasión y apatía, así como otras dicotomías presentes en los escritos del de Queronea, son expresiones de un diverso modo de interpretar la estrategia educativa de la filosofía que de *paideia* intelectual se transforma en *paideia* ética. Así, el investigador italiano hace que Plutarco se adhiera a los principios de la doctrina estoica de manera indirecta mediante un platonismo tamizado de estoicismo. Plutarco nos muestra la ética como el esfuerzo constante por lograr la excelencia en la manera de vivir, alcanzándose cuando se logran canalizar las facultades y los sentimientos mediante la moderación y la equidad. De ahí la importancia de evitar excesos y defectos en el comportamiento. El individuo ético goza con el bien y se aflige con el mal, aunque su vida está marcada por tres condiciones: la naturaleza, la instrucción y la práctica. La educación puede corregir una naturaleza deficiente y resistir las peores calamidades, por lo que una buena educación es el mayor bien, y ésta sólo puede garantizarla la familia en la infancia y los maestros en la juventud⁴. La formación como parte de la estrategia filosófica que apuntábamos anteriormente radica en una enseñanza que fija sus pilares en la valentía (ἀνδραγαθία), la moderación (σωφροσύνη), la inteligencia (σύνεσις) y la magnanimidad (μεγαλοψυχία), como bien ha señalado M. López Salvá⁵. Dicha investigadora manifiesta así que Alejandro Magno tuvo inteligencia para ganarse la benevolencia de los pueblos conquistados por el respeto a sus costumbres y por presentarse ante ellos como un rey humanitario. Se nos muestra, pues, a un Alejandro educado y sabio. La sabiduría no es innata: es una conquista que se produce por la racionalidad de la naturaleza humana. Es lo que M. Cerezo Magán⁶ denomina “la conducta oportuna”, mediante la cual la educación dirige

² Cf. F. J. ORTOLÁ SALAS, “Plutarco, educador de bizantinos: de Agatías Escolástico a Teodoro Metoquita”, en J. G. MONTES CALA, M. S. ORTIZ DE LANDALUCE, R. J. GALLÉ CEJUDO (eds.), *Plutarco, Dionisio y el vino*, Madrid, 1999, pp. 349-357.

³ Cf. F. BECCHI, “Plutarco tra Platonismo e Aristotelismo: la filosofia come paideia dell’anima”, en A. PÉREZ JIMÉNEZ *et alii* (eds.), *Plutarco, Platón, Aristóteles. Actas del V Congreso Internacional de la IPS*, Madrid, 1999, pp. 27-43.

⁴ Cf. A. E. VELÁZQUEZ FERNÁNDEZ, “Presencia y ausencia del educador en las Vidas de Plutarco”, en A. PÉREZ JIMÉNEZ & F. CASADESÚS BORDOY (eds.), *Estudios sobre Plutarco: misticismo y religiones místicas en la obra de Plutarco*, Madrid-Málaga, 2001, pp.441-450.

⁵ Cf. M. LÓPEZ SALVÁ, “Plutarco y Alejandro Magno”, en C. SCHRADER, V. RAMÓN & J. VELA (eds.), *Plutarco y la Historia*, Zaragoza, 1997, pp.261-270.

⁶ Cf. M. CEREZO MAGÁN, *Plutarco. Virtudes y vicios de sus héroes biográficos*, Universidad de Lérida, 1996.

al hombre hacia la virtud. Vivir de acuerdo con la naturaleza es vivir de acuerdo con la razón. El arte del $\kappa\alpha\lambda\omega\varsigma \zeta\eta\eta$ se identifica con el platonismo, la única filosofía que no recibe el impacto de las críticas plutarqueas. Es la que nos indica que los impulsos se convierten en pasiones cuando son excesivos, y hace que se resalte la virtud frente al vicio mediante la ley del contraste. Así, el valor de Alejandro se contrapone a la cobardía de Sisimitres, o bien dicha cualidad se acentúa en la equivalencia de su nombre. La fortuna del personaje hace que César diga que le hubiera gustado emular a Alejandro en conquistas y a su edad, de ahí su lamentación de que no hubiera hecho nada aún digno de memoria, mientras leía en Hispania un libro sobre las hazañas del macedonio. Plutarco incluso plantea la idea de la justicia como $\pi\alpha\iota\delta\epsilon\iota\alpha$ (Num.5.1), en el capítulo 42.2 de *Alex.* al indicar: "... cuando juzgaba las causas capitales se tapaba con la mano un oído mientras hablaba el acusador para conservar el otro libre y puro de toda prevención para el reo"⁷. Pero ya que de formación hablamos, observemos la de Alejandro en la *Vida Paralela* que lleva su nombre. El capítulo cinco señala: "Eran muchos, como se deja conocer, los destinados a su asistencia, con los nombres de nutricios, ayos y maestros, a todos los cuales presidía Leónidas, varón austero en sus costumbres y pariente de Olímpada, ... y el que tenía todo el aire y aparato de ayo era Lisímaco, natural de Acarnania; el cual, sin embargo, de que consistía toda su crianza en darse a sí mismo el nombre de Fénix, a Alejandro el de Aquiles y a Filipo el de Peleo".

Como $\pi\alpha\iota\delta\alpha\gamma\omega\gamma\omicron\iota$ de Alejandro el texto cita a Leónidas y a Lisímaco, entre otros muchos; el primero continúa la costumbre de la educación familiar al recordársenos que era pariente de su madre Olímpada; el segundo practica un juego de similitudes con personajes míticos, tan característico de la codificación mitológica que realiza Plutarco a lo largo de toda su obra y que recuerda a los juegos infantiles en los que los niños se identifican con sus héroes o personajes favoritos. También como instructor puede considerarse la figura de un tal Atenófanes, a juzgar por lo que se nos señala en el capítulo 35: "Hallábase en el servicio de Alejandro un ateniense llamado Atenófanes, destinado con otros al ministerio de ungrle y bañarle, y también al de procurarle desahogo y diversión". El capítulo siete continúa: "... y no teniendo confianza en los maestros ordinarios de música y de los demás conocimientos cíclicos para que pudieran instruirle y formarle, por exigir esto mayor inteligencia y ser, según aquella expresión de Sófocles «obra de muchos frenos y muchos gobernalles», envió a llamar al filósofo de más fama y más extensos conocimientos, que era Aristóteles, al que dio un honroso y conveniente premio de su enseñanza, porque reedificó de nuevo la ciudad de Estagira ... Parece que Alejandro no sólo aprendió la ética y la política, sino que también tomó conocimiento de aquellas enseñanzas graves reservadas, a las que los filósofos llamaban con nombres técnicos acroamáticas y epópticas, y que no comunicaban a la muchedumbre".

Este segundo fragmento atestigua enseñanzas musicales y, sobre todo, filosóficas, con el instructor más cualificado del momento, Aristóteles, del que aprende no sólo ética y política sino filosofía acroamática y epóptica, saberes reservados para una selecta minoría.

⁷ Para todas las citas de Plutarco deberá seguirse la obra *Plutarco. Alejandro y César*, introducción de E. Valentí Fiol, prólogo y notas de C. RIBA, Estella, 1971.

El capítulo ocho concentra otro tipo de saberes: “Tengo por cierto haber sido también Aristóteles quien principalmente inspiró a Alejandro su afición a la medicina, pues no sólo se dedicó a la teórica, sino que asistía a sus amigos enfermos y les prescribía el régimen y medicinas convenientes ... En general, era naturalmente inclinado a las letras, a aprender y a leer; y como tuviese a la Iliada como viático de la virtud militar, tomó corregida de mano de Aristóteles la copia que se llamaba «la Iliada de la caja», la que con la espada ponía siempre debajo de la cabecera, según escribe Onesícrito. No podía procurarse otros libros en el interior de Asia, por lo que dio orden a Hárpalo para que se los enviase, y le envió los libros de Filisto, muchas copias de las tragedias de Eurípides, de Sófocles y de Esquilo, y los ditirambos de Telestes y de Filóxeno ... el amor y deseo de la filosofía que aquél le infundió ya no se borró nunca de su alma, como lo atestiguan el honor que dispensó a Anaxarco, los cincuenta talentos enviados a Xenócrates y el amparo que en él hallaron Dandamis y Calano”.

La instrucción de Alejandro no puede ser más completa: medicina teórica y práctica, haciendo las veces de dietólogo y farmacólogo; lector insaciable de los clásicos, especialmente de Homero en su *Iliada*, libro de cabecera, de los trágicos (Esquilo, Sófocles y Eurípides), de los líricos Telestes y Filóxeno, del historiador Filisto, así como su atención con los filósofos Anaxarco y Xenócrates y con los gimnosofista indios Dandamis y Calano. Una formación, como vemos, de lo más variada y enciclopédica, transmitida por los llamados historiadores de Alejandro, como Onesícrito (8, 46, 60, 61, 65 y 66), Hegesias de Magnesia (3)⁸, Aristóbulo (15, 16, 17, 46, 75), Duris (15, 46), Calístenes (33), Dinón (36), Clitarco (46), Policieto (46), Antígenes (46), Istro (46), Cares (46, 54, 70), Hecateo de Eretria (46), Tolomeo (46), Filipo de Teángela (46), Filipo de Calcis (46), Sotión (61), Potamón de Lesbos (61)⁹, quienes a través de sus historias noveladas sobre el hijo de Filipo sentaron las bases de la historiografía posterior. La mitificación de personajes reales había tenido como ejemplo más elocuente de la Antigüedad la figura de Alejandro Magno, el monarca macedonio que llevó a Grecia a disponer del mayor imperio que la historia haya conocido jamás y cuyos límites se extendían desde Europa occidental hasta el río Yang Sé en China. El viaje de regreso de la India se vio idealizado por la cohorte de historiadores que acompañaron al estratega en sus campañas militares, cuya propaganda sirvió para elevar a categoría de divinidad a tan decidido y brillante general. Historiadores griegos de época imperial como Plutarco recogen esta tradición casi paradoxográfica de Alejandro, visible desde su mismo nacimiento, precedido de circunstancias, cuando menos, inusuales y maravillosas (el incendio del templo de Ártemis Efesia; el culto que tributaba a Aquiles como modelo; sus antepasados directos como Arquelao, hijo de Témeno y descendiente de Heracles; la anécdota del nudo gordiano que nadie lograba deshacer del carro del mítico rey de Frigia Gordias y que le procuró el imperio de Asia, etc.). Sin embargo, Alejandro nunca se persuadió a sí mismo ni se sintió engreído con la idea de su origen divino, sino que utilizó ésta para someter a los demás, como recurso político.

⁸ Cf. G. SANTANA HENRÍQUEZ, “Hegesias de Magesia y la figura de Filipo II de Macedonia”, *Boletín Millares Carlo* 12 (1993), pp. 97-101.

⁹ Cf. L. BERKOWITZ & K. A. SQUITIER, *Canon of Greek authors and works*, Nueva York-Oxford, 1986².

Su grado de conocimiento en la medicina le lleva a contradecir a colegas como el médico Pausanias (41): “Al médico Pausanias, que quería dar eléboro a Crátero, le escribí, ya oponiéndose, ya dándole reglas sobre el modo de administrar aquella medicina”.

Otra de las ramas del saber que atrajo poderosamente la atención de Alejandro fue el teatro. Los textos (29) nos informan de su amistad con Tésalo, actor de tragedias, en los siguientes términos: “Vuelto de Egipto a Fenicia, hizo sacrificios y procesiones a los dioses y certámenes de coros circulares y de tragedias ... Sin embargo, la contienda más ardiente fue la de Nicocreonte de Salamina y Pasícates de Solos, porque a éstos les tocó subvenir a los actores más célebres: Pasícates a Atenodoro, y Nicocreonte a Tésalo, por quien estaba el mismo Alejandro. Con todo, se abstuvo de manifestar su pasión hasta que los votos declararon vencedor a Atenodoro; más entonces, al retirarse del teatro dijo, según parece, que alababa la imparcialidad de los jueces, pero que habría dado de buena gana parte de su reino por no haber visto vencido a Tésalo ... Representaba en el teatro Licón de Escarfe, mereciendo aplauso; y habiendo intercalado con los de la comedia un verso que contenía la petición de diez talentos, se echó a reír y se los dio”.

La afición de Alejandro por los espectáculos dramáticos queda patente en este pasaje donde se destaca la figura del persa Tésalo. Gracias a los testimonios de una tal Nicóbule¹⁰, también historiadora de Alejandro, sabemos que este personaje sería el primer sospechoso del asesinato de Alejandro por envenenamiento, lo que avalaría la tesis de quienes preconizan la intriga de su círculo íntimo y el asesinato del macedonio a través de la bebida. Junto a él aparecen los nombres de Nicocreonte, Pasícates, Atenodoro y Licón de Escarfe, todos profesionales de la escena a quienes el soberano conoció en persona. Los capítulos 67 y 72 inciden respectivamente en este mismo tema: “Había mucha música de flautas y chirimías, y todo resonaba con versos y canciones, y con algazara de mujeres poseídas de Baco ... y se dice que beodo asistió a unos certámenes de danza, en los que salió vencedor Bagoas, su favorito, que era conductor de una de ellas, y que pasando desde el teatro con el adorno de vencedor, fue y se le sentó al lado”. “Luego que arribó a Ecbátana de Media, y ordenó los negocios urgentes, volvió al punto a los espectáculos y regocijos, mayormente con el motivo de haberle llegado tres mil artistas de Grecia”.

Observamos algo poco usual en estos paladines de la caballería: la afición a la danza y a todo tipo de espectáculo que se proyecta en el teatro. El guarismo, elevado sin duda, de artistas venidos de toda Grecia, manifiesta la atracción de Alejandro por el arte de la escena y su preocupación (educativa, didáctica) por el desde entonces espectáculo eternamente en crisis. Una postura la que nos dibuja Plutarco de la escena claramente opuesta a los postulados defendidos por los primeros padres de la Iglesia, como Tertuliano¹¹, que en su *De Spectaculis* realiza una severa crítica de las actividades que se producen en el circo, el anfiteatro, el teatro y el estadio,

¹⁰ Cf. G. SANTANA HENRÍQUEZ, “La guerra como la historia es cosa de hombres: algunos testimonios femeninos entresacado de los fragmentos de los historiadores griegos (FGH)”, *Philologica Cananriensia*, 6-7 (2000-2001), pp.545-560.

¹¹ Cf. M. A. BETANCOR LEÓN, G. SANTANA HENRÍQUEZ & C. VILANOU TORRANO, *De Spectaculis: ayer y hoy del espectáculo deportivo*, Madrid, 2001.

lo que llevaría años más tarde a la prohibición de los Juegos Olímpicos por Teodosio y a la desaparición del teatro que ya empezaba a ser más leído que representado.

Su amor y afán por la literatura se aprecia en las atenciones que dispensa a los descendientes de Píndaro, tras la conquista de Tebas (11), y a las continuas alusiones a versos de tal o cual poeta en los banquetes que solía frecuentar (50 y 53). Ilustrativos se muestran estos dos fragmentos: “Bebióse largamente y se empezaron a cantar los versos de un tal Pránico o, según dicen algunos, Pierión, compuestos para escarnio y burla de los generales vencidos poco antes por los bárbaros” o bien las frecuentes citas de tragedias de Eurípides: “... tanto que Alejandro recitó para mortificarle aquella sentencia «Me dan grima esos sabios / que en su provecho nada saben»”, “... a lo que Alejandro había dicho que, según Eurípides, al que tome para su discurso «digno asunto, le es fácil ser fecundo»”. La primera de las citas pertenece a una obra perdida de Eurípides mientras que la segunda se localiza en *Bacantes*, 266.

Pero, sin duda, su fascinación por la filosofía y los filósofos queda patente a lo largo de las *Vidas*. Véase si no el encuentro con Diógenes, con quien, por cierto, se identifica (14): “Hallábase casualmente tendido al sol, y habiéndose incorporado a la llegada de tantos personajes, fijó la vista en Alejandro. Saludóle éste, y preguntándole enseguida si se le ofrecía algo: «Muy poco –le respondió– que te quites del sol». Dícese que Alejandro con aquella especie de menosprecio quedó tan admirado de semejante elevación y grandeza de espíritu, que cuando retirados de allí empezaron los que le acompañaban a reírse y burlarse, él les dijo: «Pues yo, a no ser Alejandro, de buena gana fuera Diógenes»”. O el encuentro con el filósofo Psamón en Egipto (27): “Dícese asimismo que habiendo oído en Egipto al filósofo Psamón, la que precisamente aprobó de sus sentencias fue que todos los hombres son regidos por Dios...” O el episodio con el sofista Anaxarco (28): “... y otra vez como habiendo dado un gran trueno se hubieran asustado todos, el sofista Anaxarco que se hallaba presente le preguntó: «¿y tú, hijo de Zeus, no haces algo de esto?». Y él, riéndose, le dijo: «No quiero infundir temor a mis amigos, como me lo propones tú, el que desdeñas mi cena porque ves en las mesas pescados y no cabezas de sátrapas»”, sin olvidar sus desavenencias con Calístenes (51): “por esto introdujeron también al filósofo Calístenes, que era deudo de Aristóteles y a Anaxarco de Abdera” y su generosidad con los brahmanes ascetas de la India (64): “Vinieron a su poder diez de los filósofos gimnosofistas, aquellos que con sus persuasiones habían contribuido más a que Sabas se rebelase y que mayores males habían causado a los macedonios. Como tuvieran fama de que eran muy hábiles en dar respuestas sutiles y concisas, les propuso ciertas preguntas enigmáticas, diciendo que primero daría la muerte al que más mal respondiese...”, o aclarando el verdadero nombre de Calano (65): “Su nombre era Esfines, pero como saludaba a los que le hablaban en lengua india, diciendo *kalé* en lugar de «Dios te guarde», los griegos lo llamaron Calano”.

Un rasgo que podemos considerar de cultura doméstica es su afición por los prodigios y por ser prototipo del hombre supersticioso¹². Muchos son los episodios que testifican esta

¹² Véanse para este aspecto, *Religión, superstición y magia en el mundo romano*, Universidad de Cádiz, 1985 y M. A. MARCOS CASQUERO (coord.), *Creencias y supersticiones en el mundo clásico y medieval*, Universidad de León, 2000.

tendencia. Especiales se muestran sus visiones en sueños (24): “Al séptimo mes de tener sitiada a Tiro con trincheras, con máquinas y con doscientas naves, tuvo un sueño, en el que vio que Hércules le alargaba desde el muro la mano y lo llamaba. A muchos de los tirios les pareció asimismo entre sueños que Apolo les decía que se pasaba a Alejandro, pues no le era agradable lo que se hacía en la ciudad... Tuvo Alejandro otra visión entre sueños, y fue aparecersele un sátiro, que de lejos se puso a jugar con él, y queriendo asirle se le hufá”, o el que tuvo con los hijos de Parmenión muertos (50)¹³, sus relaciones con los adivinos Aristandro y Pitágoras, con quienes realiza ciertas ceremonias arcanas (8, 25, 31, 33), los vaticinios en días nefastos y eclipses de luna (14, 33), los avistamientos de animales deformes o con conductas sospechosas (cuervos y corderos, 57, 58), etc.

Otro de sus intereses educativos fueron las artes plásticas, especialmente la escultura. Ya desde el inicio de su biografía se nos habla de Lisipo, el único escultor que podía modelar su figura (4): “Las estatuas que con más exactitud representan la imagen de su cuerpo son las de Lisipo, que era el único por quien quería ser modelado”. Esta exclusividad también se desprende del episodio de la cacería con Crátero (40): “Esta cacería la dedicó Crátero en Delfos, haciendo esculpir en bronce la imagen del león, la de los perros, la del rey en actitud de haber postrado al león, y la del mismo Crátero que le asistía; de las cuales unas fueran obra de Lisipo, y otras de Leócares”. Lisipo, como escultor predilecto de Alejandro, fue el único que sabía reflejar en el bronce lo que de león había en él (la expresión antigua es «lo leonino»), sin dejarse engañar por su mirada suave y por la delicada inclinación de su cuello¹⁴. En efecto, Lisipo y Leócares colaboraron juntos en un grupo de bronce que representaba a Alejandro en lucha con un león mientras Crátero corría en auxilio del rey. Este grupo fue dedicado en Delfos por un hijo de Crátero poco después de la muerte de éste en el 321 y hubo de ejercer gran influencia sobre las escenas de caza del arte helenístico.

Finalmente, otra referencia a trabajos que podemos considerar artísticos tiene que ver con la orfebrería (32): “El casco era de acero, pero resplandecía como la más bruñida plata, obra de Teófilo...” “El broche de la cota era de un trabajo y de un primor muy superior al resto de la armadura, pues era obra de Helicón el Mayor y obsequio de la ciudad de Rodas”.

Su admiración por la retórica, por el manejo de la palabra para orientar hacia determinadas actitudes le lleva a ofrecer ofrendas a la estatua de Teodectes, retor y poeta, discípulo de Isócrates, Platón y Aristóteles, durante la conquista de Panfilia, tal y como se recoge en el capítulo 17: “... a lo que alude también Menandro celebrando cómicamente lo extraordinario del mismo suceso ... habiendo visto en la plaza una estatua de Teodectes, que era natural de la misma ciudad y había muerto poco antes, fue a festejarla, bien bebido, después de la cena, y derramó sobre ella muchas coronas, tributando como por juego esta grata memoria, al trato que con él había tenido a causa de Aristóteles y de la filosofía”.

¹³ Cf. L. GIL, *Oneirata. Esbozo de oniro-tipología cultural grecorromana*, Las Palmas de Gran Canaria, 2002.

¹⁴ Cf. A. BLANCO FREJEIRO, *Arte Griego*, Madrid, 1996⁸, especialmente las pp.327-333.

La preocupación de Alejandro por la formación de sus ejércitos parece compendiar la conclusión de Jaeger¹⁵ de que todo pueblo que alcanza un cierto grado de desarrollo se halla naturalmente inclinado a practicar la educación. La educación es el principio mediante el cual la comunidad humana conserva y transmite su peculiaridad física y espiritual, tal y como parece desprenderse del capítulo 47: “Por esta misma razón eligió treinta mil jóvenes y dispuso que aprendieran las letras griegas y se ejercitasen en las armas macedónicas, poniéndoles muchos superintendentes y celadores”.

La *paideia* griega en Plutarco alcanza así su punto álgido en la educación y formación enciclopédica de Alejandro, el modelo a imitar como depositario de toda una gama de conocimientos y comportamientos que el hombre de la calle ansiaba emular para distinguirse y ser reconocido entre sus congéneres, y que la Edad Media y los siglos venideros harían confluir en el caballero cortesano, hábil y diestro con la espada y la pluma.

¹⁵ Cf. W. JAEGER, *Paideia*, Madrid, 1993¹²; H. I. MARROU, *Historia de la educación en la Antigüedad*, Madrid, 1985.